y, presentando siempre su cuello al hacha del verdugo y su pecho al puñal del asesino en este siglo en que los Reyes abdican y en que los fuertes ceden; en esta época de las transacciones cobardes y de las conciliaciones falsas, pronunció su *Non possumus* y tomó sereno el camino del martirio. (*Muy bien, muy bien. Grandes aplausos.*)

De tal manera, señores, fué su misión desenmascarar á la Revolución hipócrita, que hoy mismo, cuando ha sido necesario desmentirla, demostrando á Europa que la persecución á la Iglesia sigue en Roma, y que el Papa está prisionero en el Vaticano; del fondo mismo de su sepulcro han salido sus venerandas cenizas para demostrar en la vergonzosa noche del 13 de julio... (*Grandes, entusiastas y prolongados aplausos apagan la voz del orador.*)

En verdad, señores, que considerando friamente las cosas, parece como que un consuelo nos falta; parece como que sentimos que Pío IX haya subido al cielo antes de presenciar el triunfo de la Iglesia en este mundo, en que tanto ha sufrido ascendiendo al Calvario á que la Revolución le había condenado; pero, si bien se considera, él ha conseguido su triunfo personal: lo conquistó al morir en la lucha; porque en las luchas por Dios, el soldado que cae no es un vencido que muere: es un triunfador que entra en la fortaleza de la gloria. (*Muy bien, muy bien. Grandes aplausos.*)

Por otra parte, dejad la figura de Moisés al Desierto; dejad que Pío IX muera antes de entrar en la tierra de promisión; no le quitéis la Cruz, que es su cetro; dejadle morir en toda la integridad de su sacrificio, y saludemos al Papa mártir al mismo tiempo que al Pontífice Santo de la edad moderna. (*Muy bien, muy bien. Grandes y prolongados aplausos.*)

Queriendo yo probar y comprobar la tesis que he sentado, como fundamento de estas desaliñadas frases, me he dicho á mí mismo: Cuando Dios se ha llevado á Pío IX, es que las necesidades de la Iglesia, en el momento actual, cambian; es que va á cambiar el estado actual del mundo.

La verdad es, señores, que, como decía antes, el último tercio del siglo XIX no se parece nada al primero; aquélla era una época espontánea, aquéllos eran todos entusiasmos legítimos ó ilegítimos: hoy estamos en la época del desengaño. Ese diccionario famoso que podemos todos formar con tantas palabras que han llevado las turbas al matadero, para servir de escabel á bastardas ambiciones, no engañan ya á ninguno: hoy los vivas, los vítores de la Revolución, todas esas palabras fantásticas con que otras veces hemos visto seducidas á

las muchedumbres, hoy son ya moneda falsa, de la que se ríen hasta los niños; hoy estamos enamorados de la realidad, y vamos perdiendo todos, casi todos los quijotismos. (*Muy bien, muy bien.*)

Por otra parte, algunos deberes que, si no arrancan de una ley positiva, se imponen á todo corazón hidalgo, hacen necesaria cierta renovación en los elementos directores de la política, aunque sea con aquello que se roza con la Religión, y entonces, viendo la mudanza de las decoraciones en el escenario político, podremos comprender cuán sabia es la divina Providencia, cuando, según la medida en que cambian los tiempos, y según el suceder de las generaciones, cambia las personalidades que en ellas han de influir. Así es que, recordando lo que os he dicho antes de que á la época espontánea ha sucedido la época reflexiva; al ver hoy sentado en el Solio Pontificio, en lugar del orador entusiasta, de aquel hombre de tan afectuoso corazón como era Pío IX, al gran filósofo tomista, al gran representante de las letras clásicas del Renacimiento, al gran León XIII, veo al mismo tiempo que aquellos monarcas, que aquellas instituciones, que todas aquellas entidades públicas que podían estar ligadas con Pío IX, bien por el lazo de la gratitud, bien por el lazo del agravio, ó han

desaparecido, ó no tienen nada de común con León XIII, que se encuentra sin más lazos que su divina misión con el cielo y su misión paternal sobre todos los hombres; y de esto nace, sin duda, una fuerza; una fuerza que tiene que producir sus resultados á poco que examinemos el estado actual de Europa.

La verdad es que, cuando Pío IX reinaba, el árbitro de Europa era Napoleón, y hoy es Bismarck; cuando Pío IX reinaba, la política italiana estaba dirigida por hombres como Víctor Manuel y Cavour, y la casa de Saboya era el instrumento de la Revolución; hoy la política italiana está dirigida por... quien vosotros sabéis, y la casa de Saboya es un obstáculo ya para la Revolución; no es el instrumento.

Por otra parte, la *unidad italiana* ha dejado de ser ideal de la Revolución, que lo proclamaba como bandera que ocultase sus miras de destrucción hacia la Iglesia y hacia el Trono. Hoy la Revolución proclama la Italia federal, pide la república italiana, y quiere arrojar el Papa al Tíber.

La verdad es que, aunque insensiblemente algunas veces, todo ha cambiado ya.

La profecía de aquel vidente español que se llamó Valdegamas, se ha cumplido ya por entero, cuando en 1849, arrojando una mirada

sobre Europa, nos predijo que la unidad que se había de hacer con más solidez, y acaso con más prontitud, había de ser la unidad de Alemania; y que el destinado á llevar á cabo esta obra, que tanto había de influir en los destinos de la Europa, había de ser el entonces obscuro y olvidado rey de Prusia; vacilando únicamente Donoso Cortés acerca de si el imperio alemán había de ser de la demagogia, ó del rey de Prusia.

Lo cierto es que la profecía se cumplió. Bismarck, que fué el hombre que llevó á cabo esta obra, sin duda por el algodón protestante que tenía en los oídos, no pudo oir, cuando derrotaba á la Francia, el himno de la *Marsellesa* que entonaban los soldados de la revolución, que se llamaban los soldados del Imperio, y sólo percibió el cántico del órgano de los ultramontanos franceses, que, como buenos patriotas y como buenos ultramontanos, pedían á Dios la victoria para los ejércitos de su patria; y los zuavos pontificios, que morían á la vanguardia con el Sagrado Corazón de Jesús en el pecho, no le permitieron ver á las hordas de Garibaldi que, huyendo del combate, se precipitaban victoriosos á saquear los conventos en vez de resistir á los ejércitos prusianos.

Por esto, y sin duda porque al fin y al cabo

el imperio alemán se levantaba sobre las ruínas de las dos naciones católicas, Francia y Austria, creyó que había de tener á los católicos por enemigos, y que debía fundar un imperio protestante; y, sin embargo, ese hombre de Estado conoció que el protestantismo es una negación, y que sobre las negaciones no se pueden fundar imperios. Así es que trató de falsificar una Iglesia católica sobre el cisma de los viejos católicos, para crear una Iglesia nacional. Todos sabéis el fracaso de esa tristísima alucinación. La Iglesia católica, que tiene poca fuerza para atacar, porque no está en sus costumbres ni en sus intenciones, tiene una fuerza de resistencia admirable. Aquel hombre, que había podido, en pleno siglo XIX y en las barbas mismas del sufragio universal, arrancar dos provincias á la Francia para anexionarlas á la Alemania, nada pudo hacer ante unos cuantos obispos y unos cuantos curas, y tuvo que declararse impotente, porque aquellos tres ó cuatro, ó trescientos ó cuatrocientos sacerdotes, con sus sotanas raídas, estaban sostenidos por el amor de Dios y por las simpatías de todos los católicos de Europa y del mundo. (*Muy bien, muy bien.*)

León XIII juzgo la situación desde su altura con su mirada de águila; comprendió la radicalísima diferencia que había entre el impe-

rio autócrata y la Revolución cosmopolita; y, en lugar de aliarse con el radicalismo destructor, con el socialismo nivelador y con el nihilismo devastador, contra sus comunes opresores (como hubiese hecho cualquier hombre político de estos del día que se ponderan como sabios), ejerció su divina misión, se opuso á ellos y vino, con las enseñanzas de su doctrina y con sus poderosas armas espirituales, á sostener los tronos vacilantes de sus mismos verdugos.

No sé si la gracia de Dios ó los chispazos de las bombas debieron abrir los ojos á algunos de estos hombres de Estado, que sólo caen en la cuenta de las cosas después que pasan (*risas y muestras de aprobación*); el hecho es que no se puede negar que de esta gran conflagración y de esta contraposición de elementos tan diversos, nació una nueva manera de ver las cosas en Europa, de que León XIII se aprovechó, iniciando negociaciones con Alemania, que tenían que dar un gran resultado, puesto que allí estaba el centro de la guerra y de la persecución que se hacía en todas partes á la Iglesia. Un gran auxilio encontró León XIII en Alemania, un grande auxilio encontró en el Centro parlamentario alemán. ¡Cosa extraña, señores, y que conviene tener presente para que no demos importancia absoluta á ciertas cosas

que sólo la tienen relativa, como las formas de gobierno! Dos veces se ha encontrado la Iglesia, en este siglo, en frente de dos déspotas casi absolutos que la tuvieron amarrada á su política mezquina, y las dos veces ha sido salvada por el auxilio de dos Asambleas: una fué en Francia, cuando la política de Napoleón, de acuerdo con Italia, era: dejar hacer, diciendo que no la dejaría hacer, pero animándola por bajo cuerda para que hiciese; y ya recordaréis aquella memorable sesión en que los católicos, ayudados de algunos liberales sinceros que estaban en bastante minoría en el Parlamento francés, arrancaron al gobierno de Napoleón el famoso *jamás* de M. Rohuer, poco después de que los zuavos vengasen en Mentana la emboscada pérfida y vil de Castellfidardo (*Grandes aplausos*); la otra ha sido ahora en el Parlamento alemán, en el cual aquellos valientes católicos del Centro, no queriendo comprometer á la Santa Sede, dijeron que hasta ignoraban sus negociaciones; y la Santa Sede, aplaudiendo y admirando la conducta de los que no querían confundir una causa política con la causa religiosa, dijo que no tenía nada que ver con lo que hicieran esos católicos políticos; doble acción en que se ve el mutuo desinterés, concurriendo á un mismo último fin, y produciendo por uno y otro lado la derogación de las

tiránicas leyes de mayo, y además las negociaciones que se están siguiendo por medio de los Nuncios de Viena y de Munich, entre Su Santidad León XIII y el gran canciller de Alemania.

No se hizo esto, sin embargo, fácilmente, porque no es fácil contentar á todos, y sabéis que, sin ir más lejos, en Munich hubo un periódico, llamado el *Vaterland*, que se opuso á eso que llamaba «conciliaciones vergonzosas, cobardes é hipócritas,» y no sé si, calificándoles de mestizos, atacó al Nuncio de Su Santidad y al Centro Parlamentario alemán. Pero, por fortuna para Alemania, como ésta tiene hoy más importancia en el mundo que cualquiera de las otras naciones; como tiene la importancia que tenía España en el siglo XVI, el Padre Santo tenía más fijos los ojos allí, y en breve el *Vaterland* de Munich fué censurado por Su Santidad.

¿Hasta dónde irán á parar estas negociaciones? No lo sé, ni pretendo averiguarlo; ni soy profeta, ni estoy en los altos secretos de Estado; pero si la historia sirve para algo, si las enseñanzas políticas pueden servir para hacer algunas inducciones después de pesado el pro y el contra, al ver el monstruo gigante del panslavismo, enemigo mortal del germanismo, y al considerar ese otro fantasma sangrien-

to del socialismo que se levanta en el seno mismo de Alemania, merced á la torpeza del Kulturkampf; al considerar la próxima desaparición del imperio turco que permanece como un cadáver insepulto en el Oriente de Europa; al ver la natural alianza del imperio alemán con los católicos alemanes de Austria y la necesidad de que Austria-Hungría se reconstituya hacia Oriente para conservar el equilibrio europeo, no me extrañaría que Dios, en sus altos designios, hubiera preparado para el fin del reinado de León XIII, con la constitución de un imperio cristiano en Occidente, heredero del imperio de Carlomagno, la constitución de un imperio católico en Oriente, heredero del antiguo imperio de Justiniano, para que en un mismo día bendijese Su Santidad León XIII á la Ciudad y al Orbe desde el balcón del Vaticano, y se adorase al verdadero Dios bajo las bóvedas de Santa Sofía. (*Muy bien. Aplausos entusiastas y prolongados.*)

Yo no sé si esto sucederá; pero sí os digo una cosa: que para que esto suceda, es preciso que todos los católicos ayudemos al Papa: hoy sólo se cuenta con el Papa, porque se le cree fuerte. Pues bien, señores: digámoslo con orgullo; la fuerza del Papa ante los poderes de la tierra que no creen en las promesas divinas somos nosotros los católicos. (*Muy bien, muy bien.*)

Si los poderes de la tierra creyeran que el Papa no era más que aquel anciano que está en el Vaticano rodeado de aquella corte de ancianos también, ya veríais qué poco tardaría en desaparecer el Papa de Roma. Pero ¿sabéis por qué, aun cuando le ven anciano y desvalido, no se atreven con él? Porque saben que por toda Europa, por Asia, por Africa, por América, y hasta en las islas más remotas de la Oceanía, hay una corriente eléctrica que se establece en todos los corazones y hace vibrar todas las almas apenas se sabe que una potencia invasora intenta levantar su diestra sobre la frente inmaculada del Vicario de Cristo. (*Estrepitosos aplausos.*)

Y como saben esto, es necesario que los católicos, uniéndonos cada vez más entre nosotros y con nuestros Prelados, y nosotros y por nuestros Prelados con el centro de unidad, demos al mundo el ejemplo de una verdadera unión católica sin mezcla, sin aspiraciones mezquinas de ningún género, manifestándonos sólo como los soldados del Papa, dispuestos á obedecer á su mandato; y para que toda Europa nos vea, es necesario, no sólo que lo hagamos aquí en España, ó en nuestras respectivas naciones; es necesario que demos este hermoso espectáculo al mundo, y que vayamos á Roma, á donde Su Santidad nos llama con su excitación á la peregrinación católica, para mostrarnos allí como católicos unidos, bajo la dirección de nuestros Prelados, en la defensa de la Santa Iglesia Católica, Apostólica, Romana, y para la libertad del Vicario de Cristo en la tierra.

Sí, es necesario que Europa vea que vamos á Roma, sólo á eso y sólo para eso; es necesario que Europa no crea que vamos á servir ningún interés personal, ninguna causa nuestra por legítima y por santa que ella sea, sino única y exclusivamente por servir la causa del Pontificado, que es la causa de Dios; es necesario que vayamos como peregrinos, y no hay que olvidar que la peregrinación es la oración en acción, y no es posible adorar á Dios más que con el corazón limpio, diciendo: «Padre, perdónanos como nosotros perdonamos á nuestros enemigos.» (*¡Bravo, bravo! Grandes aplausos.*)

¡Ah, señores! Muchos que se conduelen hoy día de la prisión que sufre el Santo Padre en Roma, me recuerdan al Rey franco, Clodoveo, cuando, oyendo referir el doloroso relato de la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo, olvidando el Rey bárbaro (porque el Evangelio no había podido penetrar del todo en su inteligencia) que Jesucristo había dicho: «Si yo quisiera defenderme, ¿pensáis que no rogaría á mi

Padre que me enviase doce legiones de ángeles?» al oir las infamias de la Pasión exclamaba: «*¡Ah! ¿por qué no estaba yo allí con mis francos?*» En lugar de decir: «*¡Ah! ¿por qué estaba yo allí con mis pecados?*» (*Muy bien, muy bien. Aplausos prolongados.*)

Pues lo mismo debemos decir nosotros ante el Padre Santo, cautivo en Roma. No necesita, no, que vayamos allí un puñado de hombres (que tal seríamos ante la inmensidad de Europa) á comprometer su causa y á dar pretexto para que digan que vamos á hacer una política nuestra hacia la izquierda ó hacia la derecha, que todas, por buenas que fuesen, serían allí inoportunas é inconvenientes; sino sólo á hacer profesión de fe de católicos y de cristianos; sólo á dar, con nuestra absoluta é incondicional adhesión á la Santa Sede, fuerza moral al Pontificado, para que pueda con ella reivindicar su independencia y sus derechos, que no prescriben jamás; sólo á desarmar, con nuestras oraciones, el brazo poderoso de la ira de Dios, para que derrame compasivo sobre nuestros corazones el rocío de su misericordia.

Si nosotros, señores, los que me escucháis, si nosotros vamos á Roma con el bordón del peregrino, lo haremos mirando, no al mundo, sino á Dios, como un acto purísimo de piedad, y, lejos de querer inclinarle, con la presión de

nuestro afecto, hacia éstas ó hacia aquellas soluciones, exclamaremos con el Profeta, de lo más profundo del corazón: *Notam fac mihi viam in qua ambulem, quia ad et Domine levabi animam meam.* (*Estrepitosos y prolongados aplausos.*)